
RESEÑA DE *DEVENIR PERRA*

[ZIGA, Itziar. (2009). *Devenir perra*. Barcelona: Melusina]

Natalia Martínez Prado

Feminista. Becaria CONICET, CIFYH-UNC.

Doctoranda en Ciencia Política, CEA, UNC.

nataliampp@gmail.com

María Celeste Bianciotti

Feminista. Becaria CONICET, CIECS-CONICET-UNC.

Doctoranda en Ciencias Sociales, UBA.

celestebianciotti@yahoo.com.ar

Devenir perra emerge de las condiciones de posibilidad habilitadas por el feminismo postestructuralista y la teoría queer. Se ubica allí donde la teoría y la política (post)feminista y queer se intersectan y enriquecen mutuamente, hasta confundir los propios límites de sus territorios que son, cada vez más, uno solo y el mismo.

Sin embargo, no esperemos encontrar en esta obra una discusión sobre antecedentes teóricos o supuestos epistemológicos desde una narrativa académica, ni nada por el estilo. La propia autora lo advierte desde un comienzo: esta obra no pretende legitimarse “con la más mínima validez sociológica ni antropológica”; su metodología “es la pasión, la euforia y la rabia. Este libro es un ejercicio de visibilización lúdica y política, punto” (Ziga, 2009:25). Ahora bien, que no esté escrito desde los círculos legitimados de la academia feminista no debilita la fuerza y legitimidad de sus argumentos; al contrario: las tesis sostenidas desestabilizan y revitalizan tanto a la academia y al activismo (post)feministas como a la sociedad en su conjunto.



En efecto, la ópera prima de Ziga constituye una crítica potente a la misoginia de la que parecen no salvarse ni siquiera ciudades del llamado “primer mundo” como las del País Vasco -de donde proviene la autora-, o Barcelona -donde la autora gesta el libro, vive y milita desde hace más de diez años. Pero *Devenir perra* es, también, una provocación, una bomba política disparada hacia un feminismo “recatado” (blanco, heterosexual y de clase media), una provocación sostenida por una ética estético-política construida a partir de un conjunto de elementos diversos. El primero de ellos es, justamente, ese feminismo discutido en cada página de la publicación. Un feminismo que abrió la puerta a la crítica de la femineidad aprehendida e inventó herramientas para enfrentar al heteropatriarcado. El segundo conjunto de elementos está constituido por los aprendizajes incorporados a partir de las alianzas con, lo que la autora llama, “el mundo marica” a partir del cual ella y su “manada de perras” descubrieron y eligieron -como modo estético-político de su propio activismo- una femineidad fuertemente proscrita.

Articulando en manada

A pesar de que *Devenir perra* se escribe en primera persona, no es un libro que Ziga haya escrito sola. Hablan, conversan, gritan y se muestran aquí, mujeres, bolleras, travestis, indecisas, mutantes. La publicación va introduciendo extractos de entrevistas hechas por la autora con fotos y anécdotas, las cuales acompañan los debates teórico-políticos que levanta y sostiene en cada apartado. Itziar Ziga y sus amigas perras se atreven a ocupar una tierra de nadie: aquel espacio en el que confluyen una puesta en escena “hiperfemenina putón y [un] posicionamiento antipatriarcal” (2009:56). La ocupación de ese territorio que se hace propio se muestra en este libro de forma colectiva. En este sentido, Ziga va mostrando la manera en que las perras de su libro miraron con desconfianza el “disfraz de putillas” colgado en sus armarios eligiendo ser, en principio, “aprendices de camioneras”, pero lanzándose, al fin, hacia una femineidad deseada, construida personal y políticamente.



Desde este lugar, argumenta que el movimiento feminista hegemónico occidental ha juzgado erróneamente la feminidad paródica de maricas, travestis y transexuales y, por eso, ha desaprovechado el aprendizaje y la incorporación de formas potentes de dismantelar -desde otro lugar y con otras herramientas- al subyugante sistema de sexo/género/deseo contra el que tanto batalla: “[Las feministas] han desaprovechado la oportunidad de aprender de [maricas y travestis] cómo dismantelar desde otro frente el género mujer [y] han perdido a unas aliadas políticas muy poderosas y tenaces” (Ziga, 2009:83).

En este contexto, la autora confiesa que hay una sospecha que la asalta diariamente: aquella que se refiere a la existencia de una herencia cristiana-comunista en ciertos feminismos que aplauden “el sacrificio y la renuncia como pasaportes hacia la liberación de las mujeres” (Ziga, 2009:90). A estos posicionamientos se niega y se enfrenta Ziga. Ella y sus amigas perras coinciden y están decididas a construirse desde el placer y, en ese marco, han elegido *devenir perras*, performar una feminidad “recargada de purpurina, hortera, descarada, no sutil, una feminidad de puta” (2009:81). Esta operación político-identitaria aparece como uno de los puntos centrales del libro porque implica una “resignificación de la injuria”, en términos de Judith Butler (2002). En efecto, así como el término *queer* operó como una práctica lingüística cuyo objetivo era avergonzar y excluir al sujeto que nombraba, produciéndolo como *sujeto abyecto*, el término “puta”, “perra” o “zorra” -reivindicado por Ziga- ha corrido la misma suerte: ha designado y producido una feminidad fuertemente sancionada, marginal, vergonzosa. Y, de la misma manera que el término *queer* es hoy “un sitio de oposición colectiva” (Butler, 2002:318), la autora de *Devenir perra* propone y muestra cómo una hiperfeminidad paródica, “putona” y “de rimel corrido” (Ziga, 2009:25) puede (e intenta sin cesar) convertirse en una categoría identitaria potente en la lucha contra la heteronormatividad.

Una versión putona de la feminidad se esgrime “como estrategia de lucha guerrillera [como] una forma de resistir frente a las construcciones normativas de género, clase, sexualidad o pertenencia nacional” (Preciado y Despentés, 2009:8-

9). A la vez que se disputa como un modo viable de activismo feminista dentro de un movimiento en el que, afortunadamente, se encuentran en constante debate las categorías e identificaciones teórico-políticas que lo constituyen.

A mí me pierde la purpurina

Lo que nos comparte Itziar Ziga en la primer parte de su libro -particularmente en “Me gusta ser una zorra: la construcción desde el placer” y “Ésa no soy yo: impostando el feminismo y la feminidad”- es el punto de partida de su publicación, sus preguntas iniciales y su tema de investigación y preocupación política: la feminidad *paródica*, *hiperbólica*: “la feminidad exaltada que se [reproduce] en [su] entorno de feministas, maricas, bolleras, transexuales, travestis, heteroinsumisas (...)” (Ziga, 2009:23). Efectivamente, como uno de los principales objetivos de su publicación, se encuentra el de visibilizar una “feminidad guarra”, una cierta estética del cuerpo propio que deviene tal con el objetivo político de desestabilizar el marco binario del género de la matriz de inteligibilidad heteronormativa. Se trata de *feminidades zorras* encarnadas en sujetos diversos: en cuerpos con “coños” hechos carne en el vientre de la madre o en una mesa de operaciones de reasignación de sexo; con “pollas” hechas carne también en un útero materno o con “pollas” de silicona (con dildos, con prótesis) siempre preparadas para darse placer. Lo que se presenta, en definitiva, es una feminidad desencializada, desmarcada del cuerpo biológico de “la mujer” y reinscripta en subjetividades móviles, siempre incompletas, a las que podríamos entender, con Judith Butler, como una “estructura en formación” (Butler, 2001:21); lo que indica que las personas nos identificamos con las feminidades y/o masculinidades, vengamos del diagnóstico médico del que vengamos...

Por otra parte, como la misma autora señala en reiteradas ocasiones, su obra supone la presentación de un profundo deseo y de una intuición. El deseo



muy íntimo por el brillo, los tacones altos, las medias de red y la boa de plumas -resignados debido a las contradicciones generadas por su posicionamiento político feminista, en el marco de su activismo en un movimiento sumamente crítico respecto de la construcción socio-cultural del cuerpo de las mujeres como “mercancía” y, por eso, de estética *austera*. Por otra parte, el libro se esgrime a partir de una intuición -que deviene, luego, en certeza- de que una exhibición hiperbólica de la feminidad puede mostrar -por medio y a través de su exageración- la “situación fundamentalmente fantasmática [del género]” (Butler, 2007:285), así como lo hace la estética de la lesbiana *butch* o de la travesti -aunque ello no signifique, por supuesto, estar “día y noche por ahí eternamente maquillada y divina” (Ziga, 2009:27). En este sentido, la “feminidad impostora” y el “glamour del todo a cien” (versión española de nuestro “todo por dos pesos”) también serían una “forma de resistencia anticapitalista”, porque, además de que “el feminismo sin perspectiva de clase es blanco y burgués” (Ziga, 2009:30), “cuando no te llega el dinero ni para comenzar el mes (...) tropezarte con una boa de plumas despelujada por la calle es como una señal divina. Te la enredas en el pelo a modo de corona bastarda y elevas la barbilla en medio de la noche” (Ziga, 2009:87).

Este tipo de prácticas de resistencia al modelo capitalista a partir de una crítica al consumismo viene siendo asumida por diversos colectivos socio-políticos ligados, especialmente, al movimiento *okupa*. Ahora bien, cabría preguntarse, en el marco de sus propias vidas en ciudades como Barcelona: ¿puede una *estética guarra y hortera* constituirse por sí misma en una resistencia anticapitalista?, ¿cómo se articulan este tipo de prácticas estético-políticas con otras formas de resistencia? Desafortunadamente, la autora no da cuenta satisfactoriamente de estas cuestiones, y, por ello, en ocasiones parecería que corre el riesgo de reproducir sólo una pose, limitada en sus posibilidades de transformación.

Lo que sí queda claro es que Itziar Ziga entiende la feminidad y la masculinidad como dos polos de adoctrinamiento masivo y sostiene que el heteropatriarcado fracasa estrepitosamente en esa operación porque ha leído a las



feministas postestructuralistas y ha comprendido, parafraseando a Butler, que *el género es una copia sin original*. Sabe que no existe un solo ser humano que “recrea su identidad o desempeña su género sin cortocircuitos, sin extravíos, sin miedos, sin renunciaciones” (Ziga, 2009:48), y también sabe que “es imposible construirse al margen de la mirada masculina hegemónica” (Ziga, 2009:67). Aún así, da cuenta de la posibilidad de un proceso de feminización extravagante e insumiso, devenido no sin contradicciones y angustias, pero tampoco sin placer: “cuando una sale a la calle embutida en licra trepadora y ha mamado tanto de la teta del feminismo encarna una paradoja, vive en ella. Este libro pende de la misma cuerda floja político-estética” (Ziga, 2009:48).

Sobre santas y anoréxicas rebeldes...

Ziga aborda los ejes de debate más incómodos para el movimiento feminista ampliado pero se mete, también, a discutir los temas de agenda de la sociedad contemporánea y a rebatir cuestiones centrales en torno a ellos. Uno de estos temas es la cuestión de la anorexia nerviosa, flagelo que, a simple vista, es producto de nuestras sociedades capitalistas.

En “Perlas ensangrentadas: manada frente a la violencia” rememora las historias de un conjunto de mujeres -medievales en su mayoría- que pasaron a la historia, no a la oficial, sino a aquella que aún se divulga de boca en boca y a la que se accede por medio de alguna compañera que, solidariamente, nos presta o regala algún libro, en principio, extraño. Itziar Ziga hace de mediadora entre nosotras y mujeres como *Santa Águeda* quien le sirvió a su padre sus propios senos en bandeja como rechazo a un matrimonio obligado que ella no deseaba; o con *Santa Liberata* -conocida también como *Santa Wilgefortis*-, hija de un rey de Portugal que quería casarla con un príncipe extranjero y que, como negativa, llevó adelante un ayuno feroz a partir del cual su menstruación se interrumpió y le brotó una espesa barba producto del descenso de estrógenos suprarrenales provocados por su inanición. Santa Liberata fue condenada a la crucifixión por no posponer su

proyecto rebelde. Murió virgen y desobediente. A ella se encomiendan hasta nuestros días millares de mujeres europeas que intentan liberarse del acoso patriarcal.

A partir de estas historias la autora retoma el tema de la anorexia con su característico perfil provocador. La anorexia nerviosa es una enfermedad femenina y cristiana, afirma con Paloma Gómez (psiquiatra feminista española) y llama la atención respecto de que las mujeres musulmanas, judías, japonesas, no padecen este flagelo. Lo que está insinuando Ziga es que la base de este trastorno de la alimentación no necesariamente se encuentra -o no de forma exclusiva- en la incorporación de un canon de belleza escuálida que las adolescentes y jóvenes pretenden alcanzar a toda costa, rechazando que “la anoréxica de nuestros días [sea] (...) una cabezota que deja de comer para emular a las *top models*” (2009:63). Sostiene que a lo largo de la historia de la humanidad miles de jóvenes se rebelaron a un matrimonio impuesto -o a un proyecto de vida prescrito socio-culturalmente que no les convencía- mediante el *sistema de dejar de comer*.

La bulímica, nos dice Itziar Ziga, de la mano de las investigaciones de Gómez, puede casarse y hasta tener hijos, la anoréxica jamás... Y se pregunta, así: si la época de mayor esplendor de este trastorno fue la Inglaterra victoriana del Siglo XIX donde el canon de belleza ensalzaba las carnes, “¿qué cuento nos estamos tragando?” (2009:64).

Ahora bien, aún acordando con Ziga en que los lugares comunes de comprensión de la anorexia desde el feminismo suelen ubicarla como un síntoma de la dominación heteropatriarcal, consideramos necesario señalar que no pueden dejarse de lado las narrativas sociales -sostenidas, especialmente, por los discursos mediáticos (pornografía, series televisivas, revistas femeninas, etc.)- que promueven y prescriben un cuerpo eternamente joven y delgado (Ferrer, 2004).

En la piel de una puta

Otra de las cuestiones en las que Ziga interviene polémica y enérgicamente es en la de la prostitución/trabajo sexual. Comprometida en el combate de lo que denomina “putafobia de las mujeres decentes”, señala -en palabras de Gail, una de sus *perras* entrevistadas- que “las esposas y las putas son los prototipos respectivamente legítimo e ilegítimo de la condición femenina común” (Ziga, 2009:100), y que las primeras deberían “mirarse en ese espejo [antes que aferrarse] a su exiguo privilegio de esclavas legítimas” (2009:101). De esta manera, se enfurece ante los argumentos más esgrimidos en contra de la prostitución: la inmoralidad y la denuncia de la violencia contra las putas. En principio, porque el argumento de ‘la mujer decente’ se inscribe en el orden patriarcal al invisibilizar uno de los principales condicionamientos de la condición femenina: “la incapacidad de autonombrarse” (2009:98). Por otra parte, frente al argumento de que las trabajadoras sexuales son sumamente vulnerables a la violencia machista, la autora responde en tono provocador: “una trabajadora sexual autónoma vive más tranquila que la esposa de un hombre violento” (2009:101).

De todas maneras, se declara en contra de las redes de explotación sexual, sólo que no bajo el paraguas de abolir la prostitución -cuestión que ridiculiza sosteniendo en paralelo la *abolición del matrimonio heterosexual*- sino a partir de una mejora en las condiciones de inserción sociolaboral desde las que más saben: “las trabajadoras del sexo más concienciadas y empoderadas” (Ziga, 2009:104). Lo que propone, a fin de cuentas, es que desde los feminismos se acompañe y fortalezca aquellas estrategias de organización autónomas de las trabajadoras sexuales con el fin de abolir la dependencia a un *fiolo*, dependencia que suele condenarlas a la pobreza y la violencia. Asimismo, esgrime también uno de los argumentos más extendidos entre quienes se posicionan a favor de un trabajo sexual más seguro y rentable para las prostitutas: ¿por qué sólo denunciar la explotación de las trabajadoras sexuales?, ¿será que sólo ellas venden sus cuerpos al capitalismo heteropatriarcal?, ¿qué hay de las cajeras/os, teleoperadoras/es, abogadas/os...?, ¿de dónde vendrá ese afán de escandalizarse sólo por la venta de *ciertas partes* de nuestros cuerpos?

Finalmente, señala que su autoproclamación como puta-perra no pretende reivindicar un determinado trabajo remunerado, sino que procura impugnar y resignificar el extremo paradigmático de la concepción sexualizada del cuerpo de las mujeres: “el cuerpo disponible y penetrable de la puta” (Ziga, 2009:115), lo que socialmente “marca la relación de servidumbre sexual de las mujeres hacia los hombres en nuestro imaginario colectivo. Las mujeres somos putas y los hombres hijos de puta cuando alguien quiere insultarnos. Por eso es tan transgresor, tan irreverente, tan liberador reapropiarse del simbólico *puta*. Puta porque yo lo digo” (2009:114-115).

Aquí sí que hay tela: hijabs y minifaldas

Luego de hacernos reflejar en el *espejo de la puta* y reconocer la misoginia detrás de los argumentos abolicionistas que sostienen ciertas feministas, Ziga propone dar una ojeada por el eurocentrismo que carcome nuestras perspectivas cuando depositamos nuestra mirada sobre *las otras mujeres*, ésas que aparentemente se esconden detrás de sus mal llamados *velos*.

Puesta a denunciar la *islamofobia* que pareció inundar la Europa occidental desde hace algunos años, la autora va desmantelando la idea de que los *velos elegidos* (Taleb y Bottom, 2004) -como se llama una de las obras que la inspiraron a impugnar estos posicionamientos- sean símbolos de la subordinación o pasividad de las mujeres musulmanas: “el patriarcado no se encuentra en el *hijab*, sino en la prohibición u obligatoriedad de llevarlo” (Ziga, 2009:149).

Comparándolos con los pañuelos que se usan en las ceremonias de la comunión católica, o con los que llevan las Madres de Plaza de Mayo, la autora se irrita frente a la discusión que subyace bajo la polémica por una prenda tan insignificante. Otra vez se trata del cuerpo de las mujeres, de las múltiples formas en que el orden heteropatriarcal pretende legislar cómo y dónde cubrirlo por fuera de la voluntad y el deseo de ellas mismas. En este sentido, *hijabs* y *minifaldas* parecerían compartir la misma suerte: representan el escándalo que genera la



libertad de las mujeres, una excusa para poder estigmatizar la estilización deseada de sus propios cuerpos. Porque, como lúcidamente Ziga señala, ¿alguien se ha escandalizado por ver a hombres y niños musulmanes usando sus *chilabas*? “Que yo sepa [continúa], la chilaba es como un vestido de mujer ancho que suele llevarse con pantalones debajo. [Sin embargo] la vestimenta masculina nunca es tema de polémica” (2009:143).

Por otra parte, como toda una tradición de feminismos de la *tercera ola* ya lo ha remarcado, Ziga denuncia la forma en que los *fundamentalismos occidentales* pretenden ‘salvar’ a las mujeres de los países subdesarrollados, incluso, sin su consentimiento. En este sentido, se reproduciría la “colonización discursiva” que produce a la mujer del tercer mundo como un “sujeto monolítico” universalmente subordinado, sin dar cuenta de sus diferencias y sin contextualizar o historizar su heterogeneidad constitutiva (Mohanty, 1984). Y en definitiva, este tipo de discursos es el que termina siendo cómplice de los intereses económicos internacionales occidentales (Spivak, 2003) al ser operativo a sus gobiernos para “continuar con las invasiones a Irak, Afganistán, Palestina... Es tan evidente que duele” (2009:145), concluye Itziar Ziga.

Zurciendo las tramas de *Devenir perra*

Aún acordando con Judith Butler en que “nadie puede situarse dentro de una definición del feminismo que no haya sido impugnada” (Butler, 2004:247), no puede negarse que ciertas perspectivas se han legitimado y constituido en lugares comunes de lo “feministamente correcto”. *Devenir perra* es una invitación a transgredir los bordes delineados precisamente en direcciones históricamente impugnadas por esos feminismos.

Esta operación la podemos divisar en tres figuras. En primer lugar, Ziga invierte los sentidos asignados a la estética de la hiperfeminidad putona - considerada desde el feminismo como una encarnación del deseo masculino heterosexual y un ícono de la cosificación del cuerpo de las mujeres- y la sitúa



como una resignificación de la injuria. La posibilidad de autonombrarse “puta” supone un ejercicio insumiso: ya no se es “puta” porque *otros lo dicen* en nombre y bajo la normativa de las jerarquías de sexo/género, sino que se es “puta” por *elección propia* y bajo códigos propios de ese ejercicio.

En segundo lugar, Ziga se opone a perspectivas cristalizadas dentro de ciertos feminismos en relación a la anorexia. La autora resiste a la idea de que la anorexia emerja a partir de las condiciones de opresión del orden heteropatriarcal, condiciones que llegarían a trastornar a las mujeres que se toman demasiado en serio la necesidad de encarnar el deseo masculino heterosexual. A cambio, sostiene que la anorexia puede entenderse como una práctica de resistencia a ciertos mandatos heteropatriarcales, como el matrimonio o la maternidad. Si bien esta perspectiva amplía el marco de interpretaciones vigentes respecto de esta problemática, es necesario señalar que la autora pasa demasiado rápido por un fenómeno que pone en juego la vida de muchas mujeres y que no puede leerse sólo como una elección voluntaria.

En tercer lugar, resiste a la idea de que las prostitutas siempre son víctimas del mercado sexual masculino y a cambio rescata el deseo y la voz de quienes optan por trabajar sexualmente con su cuerpo. En este sentido su perspectiva pretende preveniros de los aires conservadores que vienen asimilando ciertos discursos abolicionistas dentro de los feminismos contemporáneos.

Acordando más o menos con los diferentes posicionamientos de Ziga, consideramos que los tres desplazamientos que ejecuta constituyen una bocanada de aire fresco a ciertos debates feministas que parecen haberse sedimentado alrededor de una serie de “consensos intocables”. Antes que reproducir irreflexivamente esos consensos, esta obra nos invita a desmontarlos para poder volver a las preguntas políticas que están en la base del movimiento feminista. Porque a fin de cuentas, como apunta Judith Butler, deberíamos procurar “mantener los valores democráticos en un movimiento que [históricamente ha defendido] interpretaciones contradictorias sobre cuestiones fundamentales, sin llegar a domesticarlas” (Butler, 2004:249).

Referencias bibliográficas

- BUTLER, Judith. (2001). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra.
- BUTLER, Judith. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- BUTLER, Judith. (2004). *Deshacer el género*. Madrid: Paidós.
- BUTLER, Judith. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- DESPENTES, Virginie; PRECIADO, Beatriz. (2009). "Prólogo". En *Devenir Perra*. Barcelona: Melusina.
- FERRER, Christian. (2004). "La curva pornográfica. El sufrimiento sin sentido y la tecnología". En *Revista Artefacto*, 5, 5-11.
- MOHANTY, Chandra Talpade. (1984). "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses". En *boundary 2*, Vol. 12, Nº 3, 333-358.
- SPIVAK, Chakravorty Gayatri. (2003). "¿Puede hablar el subalterno?". En *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 39, 297-364.
- TALEB, Fátima; BOTTOM de, Lena. (2004). *El velo elegido*. Barcelona: El Roure.